



ANGUSTIAS.

NOVELA MEXICANA (Escrita para "El Tiempo.")

(CONTINUA.)

—Se preocupa vd. demasiado, Sr. de la Rosa—observaba Tellitud, mirando por arriba de los espejuelos y lamiéndose despues los bigotes entrecanos que parecían limpiador de locomotora.

—¿A que vd., Sr. licenciado, no aguanta un tiroteo diario, como ese? Ya ve cómo el Lic. Jaimes no ha andado con contemplaciones.

—Ha hecho mal, en mi humilde concepto. Si me hubiera visto, lo arreglamos todo satisfactoriamente, por la buena. Yo tengo mucha influencia en EL PORVENIR.

—Pues ya podía vd. utilizarla á mi favor. Yo no puedo ocurrir á la denuncia, porque no tengo libertad para nada; el Ministro no quiere.

—¡Ah, señor! ¿nos haría vd. un gran favor!—añadió D^a Cristina que no perdía punto ni coma del diálogo.

—¡Ya veremos, ya veremos!...—contesta Tellitud haciéndose de papeles.

—Se lo agradecería á vd. muchísimo. ¡Caramba! Ya me fastidia esa canalla. Y, si es preciso, ofrézcales vd. hasta dinero. Vale que son chantagistas.

—No es el leon como lo pintan—decía D. Homobono.

El piano había enmudecido. Se oían el rumor de animadas conversaciones y las risas alegres de las señoras y de los jóvenes. La fiestecita se hallaba ya en esos momentos en que la familiaridad y la confianza reinan sin obstáculos y el licor ha creado la expansion necesaria.

Jaimes abandonó á la dama con quien platicaba y fué al comedor, donde los esposos de la Rosa y el honorable Sr. Lic. Tellitud trataban asuntos enojosos. El abogado tlaxcalteca bebió más y se desató en elogios del cognac que le parecía excelente á pesar de no ser muy afecto á tan exquisita bebida. Jaimes era el contraste de Tellitud. Uno vestía como un *dandy*, podía no pasar de los cuarenta y cinco, y el otro peinaba ya canas. Incrédulo el tlaxcalteca ó texano, ferviente hasta el fanatismo el oportunista. Pero, con eso y todo, eran, como suele decirse, uña y carne. Quitando las exterioridades, suprimiendo los accidentes, limpiando la corteza, no se veía en ámbos más que la perfidia refinada, llevando D.

Homobono la ventaja de su hipocresía inimitable.

D. Miguel no hacía mal papel entre aquel par. Rudo, cursi, mentecato y cínico, tenía tanta maldad como sus amigos. Siguió en sus desahogos contra EL PORVENIR que lo molestaba.

Jaimes, que oyó hablar del maldito periódico, interrumpió á de la Rosa, diciendo:

—¡Conmigo no hay de eso, señor! Ahora está el reportercillo en la cárcel, mañana ó pasado irá el Director.

—¿Y qué se gana vd. con eso—objetaba D. Miguel,—si Nares, ese pícaro, no va á Belen?

—¡Pero, señores!—decía Tellitud,—veo que ustedes no quieren á mi compañero Nares.

—Con razon ¡es un bellaco!—gritó de la Rosa, sin miramiento á la señora que estaba presente.

—¡Es un canalla!—añadió Jaimes.—Yo lo he conocido cuando vino á México, con los codos rotos, sin par de zapatos que mudarse. ¡Vamos! todo un *bohémio*, como llaman ahora á los que no traen calcetines... Se metió á periodista. Ha recorrido la Ceca y la Meca. Es un calumniador de ofi-

cio y muy cobarde, por añadidura. Tiene una hoja de servicios que da horror. Ha sido traidor tres ó cuatro veces. ¿Se acuerdan ustedes de la aprehension de Olivares? pues no fué sino que Nares lo entregó por treinta dineros. . . .

—Calma, calma, compañero—dijo Tellitud.—Calma. Ya veremos cómo se resuelven estos conflictos. Voy á intervenir como pacificador. No quiero que tengas vdes. estos motivos de angustia.

—¡Otra copita!—dijo con exquisita amabilidad D^a Cristina, que con gran trabajo se había levantado de su asiento para servir del buen cognac.

Tellitud se excusaba de beber; pero su galantería no pudo resistir las instancias de tan atenta dama. Pero ya su cabeza le decía que iba á hacer una barbaridad si se colmaba la medida:

Todos brindaron y no hicieron el desaire á los sabrosos pastelillos.

El piano comenzó á oírse nuevamente.

Un ejecutante hábil tocaba un vals primoroso.

Los jóvenes que andaban fuera de la sala corrieron á bailar y Jaimes se fué tambien porque, segun dijo, había pedido la pieza á la simpática Eugenia.

D. Homobono aprovechó aquel momento de entusiasmo para tomar su sombrero y baston.

—No se vaya vd., Sr. licenciado—dijeron á duo los esposos de la Rosa.

—Ya es tarde. Son las ocho y media. . . . Conque: buenas noches!

—¡Cuánto siento que se vaya!—dijo D. Miguel.

—Mire vd., tengo mañana mucho quehacer. Ahora mismo, en casa quizás me espere un licenciado de fuera que tiene necesidad de consultarme. He estado muy complacido. Y dirigiéndose á la señora la dijo:

—No tenga vd. cuidado, Cristinita. Yo haré que se arregle todo favorablemente. . . . ¡Ya verá vd. Sr. D. Miguel, ya verá! EL PORVENIR se ha de callar, se lo aseguro. Me comprometo á ello. ¡Para las veces que yo lo he amordazado! A ver, ¿desde cuándo ha vuelto siquiera á nombrar al gobernador aquel á quien tanto atacaba? ¿qué ha dicho de los asesinatos de Tlahuayuca? . . . ¡Ejé. . . . jé. . . . jé! Siso sé mi cuento. . . Ya veremos. ¡Ejé. . . . jé. . . . ejé. . . . Hasta luego. . . . ¡Buenas noches! . . .

Los esposos de la Rosa despidieron amablemente á su digno amigo y se fueron luego á la sala, donde á compás del vals bailaban como diez parejas, figurando entre éstas la del joven almibarado y Anita. El joven no era otro que Pepito, el amigo de Ramon y de Hermosillo, que ya se había destinado de escribiente en el Ministerio y era protegido de D. Miguel y pretendiente de la niña.

D. Homobono no se sintió muy bien en la calle. En un hombre tan honorable, el cognac comenzaba á hacer de las suyas. Por fortuna, en la Avenida Juárez no tropezó con ninguna persona de aquellas que no convenía que lo vieran en esos instantes; pero al entrar á las calles de San Francisco, tomó un coche de sitio que iba sin carga y soto vocce, como si el auriga mismo no debiera oírlo, le dijo: «Ribera de San Cosme. . . . Yo te diré dónde. . . . Vete aprisa.»

El Sr. Tellitud se metió al carruaje. Los caballos flacones echaron á trotar mal de su grado. . . .

Por fortuna, nadie sabía quién iba en el coche ni á dónde.

Si la gente ¡que es tan mala! se hubiera dado cuenta de todo, ya tendría para hablillas é historietas. Porque, en la Ribera de San Cosme precisamente, vivía la viuda de marras. . . .

XV



El día siguiente, el Lic. Tellitud hizo su composicion de lugar, trazó sus planes, y se fué derecho á ver al Director del PORVENIR. En la Redaccion le dijeron que este señor estaba malo de la gripa y luego añadieron los empleados que se hallaba fuera de la capital. Realmente, desde la denuncia de Jaimes, el Director se había metido en un escondite para no caer en poder de la policía. Pero Nares lo substituía con ventaja, pues era más inteligente, más precavido y ménos ligero en sus procederres.

D. Homobono sabía ya que el asunto Chester iba á fallarse de un día á otro y, en ese caso, el Sr. de la Rosa quedaría en un ridículo atroz y expuesto á perder su alto empleo. Mas no era tan torpe el viejo oportunista para soltar esa noticia, ahí donde la cogerían como arma poderosa contra el ministerial malévol. Sabía además que Jaimes se contentaría con cien duros, á guisa de satisfaccion por la honra ofendida. Propuso á Nares una transaccion que diera gusto á todos librando al PORVENIR de las garras de la psicología. El periodista, cobarde de suyo, hubiera hecho el arreglo, pero la cosa no era tan fácil sin acuerdo del Director.

—Nada nos ganamos con la libertad de Pérez—decía el Lic. Nares,—si Jaimes vuelve á las andadas el día ménos pensado.

—Me comprometo á apaciguarlo—aseguraba D. Homobono.

—¿Si? ¿No sabe vd. que á ese licenciado tlaxcalteca lo mueve como á un muñeco D. Miguel de la Rosa?

—¿Y qué, compañero? El Sr. de la Rosa no acusará á vdes. nunca.

—Porque no puede. Si pudiera. . . . No, señor compañero: D. Miguel es un gran canalla; tiene cuentas pendientes con nosotros y hay que saldarlas.

—Pero si vdes. lo han atacado con rudeza.

—Con ménos de la que merece. ¿A que no hemos dicho nada de esa infamia sin nombre cometida con el infeliz Zúñiga?

—Porque no están vdes. al tanto de lo ocurrido. Yo creo, compañero, que ese muchacho ha inventado una novela.

—¡Quiá! Si no cabe duda que D. Miguel obra de mala fé. Yo conozco bien el negocio, como que soy defensor del acusado.

—Bueno, bueno. Vd. tiene sus preocupaciones. . . .

—No son preocupaciones: es evidencia absoluta.

—En fin, amigo, ¿qué más quiere vd? Propongo lo siguiente: Dejan en paz á Jaimes y éste se desiste de la acusacion, saliendo de la cárcel el *reporter*.

—Si el Director quiere. . . .

—Más todavía. Y esto sólo por conciliar los ánimos. Vdes. están muy apasionados. No es buena terna inquina. Esa odiosidad sin tregua excita las pasiones, no se consigue nada con tanto ensañamiento. ¡Tienen vdes. tanto de qué hablar! Vamos: ¿quiere vd. que Zúñiga salga libre?

—Tan quiero, que creo que esta semana sale.

—Es difícil, compañero. En los Juzgados hay mil moratorias.

—Sí, y la consigna. . . .

—No creo yo esto. . . . Oiga vd. Acabemos de una vez, compañero: traigo bandera de paz.

—¡Ah, vaya! ¿Conque D. Miguel pide las de arriba? . . .

—No, señor compañerito, no. Ignoro lo que el Sr. de la Rosa piense á ese respecto. Me intereso por vdes. como amigo, nada más. . . . Si vdes. se comprometen á no hablar del asunto Chester, que ya fastidia al público y no vale la pena, hago que D. Miguel no reclame las alhajas.

—¿Y qué con eso? Seguirá el proceso. Zúñiga se perjudica más y al fin se sale con la suya de la Rosa que, entiéndalo vd. bien, no es dueño de ningunas alhajas.

—Pues yo saco á Zúñiga de la cárcel.

—¡Sólo que con consigna!

—¡No me he valido de ella jamás, en cinco lustros que llevo de ejercer la abogacía! Vd. lo sabe bien.

—No se ofenda vd. Sr. Tellitud. . . . Pero conozco bien los tribunales. . . .

—En fin: dejan vdes. en paz á D. Miguel y tendrá vd. á Zúñiga libre.

—¿Y el matrimonio de Angustias?

—¡Es mucho pedir, compañero! . . . Veremos.

—No, no cedo.

—Pero, hombre, si el Sr. D. Miguel no tiene por qué oponerse al enlace. Se casarán cuando gusten.

—Entonces vd. no conoce la histo-

ria de la testamentaria de la Sra. de la Puebla.

—Sé algo de eso. Supongo todo lo que vd. quiera: no hay peligro para de la Rosa.

—Si no lo hay ¿por qué no quiere que la sobrina se case?

—¡Vdes., compañero, han inventado esto! De la Rosa no se opondrá nunca.

—En ese caso.....

—En ese caso, está el asunto terminado. Mañana nos veremos. Hable vd. con el Director sobre lo de Jaimes. Es bueno que no sea vd. así, tan fogoso, tan belicoso, tan terrible. ¡Ejé... jé... jé!....

Nares se quedó muy pensativo.

Su penetración no alcanzaba á descifrar el enigma.

¿Era Tellitud un amigo leal y sincero ó era un intrigante pérfido? Al parecer sus gestiones resultarían en favor de todo el mundo. ¿Cómo, pues, decían de él las malas lenguas, que era un viejo hipócrita?

Desde su escondite, el Director se puso al tanto de las proposiciones de D. Homobono y salió, de noche, entre las sombras y disfrazado, para ver al licenciado oportunista.

Este lo recibió con los brazos abiertos. Entraron ámbos en materia. Tellitud explotaba el miedo del Director hablándole de las inconcebibles exigencias del público lector amigo de escándalos y chismes, y demostrándole que un periódico debe ser siempre moderado, pues los tiempos no están para bravatas.

Además, según el mismo D. Homobono, en todos esos ataques que la prensa dirige con ensañamiento á algun personaje, hay gato encerrado; pues ni es cierto el desinterés ni tampoco el amor á la verdad y á la justicia: no hay sino algo de mala voluntad y mucho de *chantage*.

Tellitud hablaba con tan arrebatadora elocuencia que el Director, débil y convenenciero, se dió luego por vencido.

—Jaimes—dijo D. Homobono—es tremendo. Para dejarlo contento del todo, es bueno que vd. despida al *reporter*.

—No me atrevo... ¡Pobre Fidencio!

—¿Para qué quiere vd. gente que lo compromete cada rato? Ellos, al fin y al cabo, nada pierden; mientras que vd. sufre persecuciones y está en peligro de que le confisquen la imprenta. Ya ve vd.: Ahora se hila muy delgado. Yo no me canso de recomendar en LA CAUSA que no dejen pasar una frase dura, una expresión resgosa.

—Tiene vd. razón, Sr. Licenciado—decía el asustadizo Director.—Pero ¡pobre de Pérez! ¿Cómo voy á correrlo?

—Hombre, es muy fácil: todo está en el modo... Mientras esté con vd. no se cura de sus imprudencias y lo ha de seguir comprometiendo.

—Ya veré lo que se hace.

—Vd. haga lo que mejor le conven-

ga. Por ahora, ¿acepta vd. mis proposiciones?

—Veo que vd. sólo tiene empeño en prestarme señalado servicio.

—Ciertamente.

—Así es que haga de cuenta que lo nombro mi apoderado general.

—Gracias, gracias... Yo salvaré á todos. Este Nares y este Pérez son muy imprudentes. ¡Buen gregorito le han dado á vd.! Pero... no hay mal que por bien no venga... ¡Ejé... jé... jé!....

El Sr. Tellitud no podía disimular la satisfacción que le causaba el triunfo alcanzado tan fácilmente.

Ramon, en la cárcel, no sabía nada de lo que en su favor se hacía. Su paciencia estaba para agotarse. Las cartas de Angustias ya no le consolaban ni sentía alivio con escribir á la virtuosa y abnegada niña. Del Juzgado no habían vuelto á llamarlo.

Fidencio Pérez, con su práctica en los procesos, apeló del auto de bien preso, pidió su libertad protestatoria y ya iba á pedir amparo para no dejar recurso que no empleara; pero ni su buen humor ni la esperanza de salir pronto le quitaban el hondo fastidio que de su alma se apoderaba á ratos. Entónces era cuando se bebía el cognac y el tequila que amigos y colegas le llevaban á hurtadillas. Entónces era cuando, á falta de la provisión, se echaba en busca del aguardiente asqueroso que dentro de la cárcel se vende, á escondidas del aleaide y de los empleados, á precios excesivamente subidos.

No era Pérez un ébrio, á Dios gracias, pero le gustaba el licor como refrigerante, digestivo y antinervioso.....

Ramon, cuyas costumbres eran diversas, no buscaba en el vino su consuelo, sino que volvía á Dios sus ojos y, á solas, en su cuarto aislado, rezaba, de noche, con recogimiento, con fé y con amor, como Angustias se lo recomendaba en todas sus cartas.

Un día lo llamaron del Juzgado. Creyó que se iba á dar una plumada siquiera en el proceso. Pero no; lo querían para que se presentara, en el salon llamado *La Capilla*, á la hora en que el mismo Juzgado practicase la visita reglamentaria á los presos que están á su cargo.

Cuando Zúñiga llegó al salon, ya estaban ahí más de sesenta presos á cual más andrajoso; había entre ellos mujeres de la peor ralea cuyo proceso se instruía en el mismo Juzgado. Ramon formó entre aquella canalla. El Juez, que cada día estaba más infatuado, se acomodó en el asiento principal de la plataforma. El Ministerio Público ocupó el sillón de la derecha. El Secretario el del lado contrario. La audiencia tenía todas las trazas de ser cosa muy seria, y en verdad era una nueva farsa.

(Continuará.)

«BEBE.»

A mi amigo Ventura Martínez del Río.

Dentro un cesto de mimbre ligera,
y en sueño profundo,
cual polluelo en el nido arrullado
y ajeno del mundo,
de soltura y vigor en espera,
un ángel caído,
se prepara al combate futuro
y sueña dormido.

De su niño las gracias soñadas
contando una á una,
vela el sueño la madre mafanosa,
meciendo la cuna;
y entre dichas por ella forjadas,
robusto y dichoso,
ve crecer sin tropiezos ni penas
al niño precioso.

Ambos sueñan..... la madre, despierta
y el niño dormido.....
En qué piensa el infante?... Ninguno
saberlo ha podido.....
Mas la Madre, en la ruta desierta
do el niño se empeña,
va quitando tropiezos y abrojos,
espinas y breña.

Cuando crezca, será un abogado
que paso se abra,
esgrimiendo cual llave de oro
su fácil palabra....
Buscarán su consejopreciado
corriendo, á porfía,
y serán sus discursos é informes
la órden del día.....

Pero, no..... que el trabajo excesivo
pudiera enfermarle,
y esa gloria tan grande y tan bella
pudiera matarle.
Es mejor ejercicio en que activo
sus fuerzas conserve,
y un destino más noble y honroso
tal vez le reserve.....

Militar!... Ya le mira ciñendo
al cinto la espada,
y en el hombro dorada capona.....
Después.....? Ahí es nada!...
Al murmullo de bélico estruendo
será proclamado
Brigadier, General,... y algun día
PRIMER MAGISTRADO!

Pero, no..... Si una bala traidora
herirle pudiera,
á cortar porvenir tan risueño
acaso viniera.
Es la Corte además, corruptora,
y enciende la envidia,
y el Poder excesivo despierta
la negra perfidia.....

Pues... la Mar...! Capitan de una esbelta
y aligera barca
luchará su bajel con las olas
en medio la Charca....
De TORMENTAS al CABO la vuelta
dará, y estudioso,
mil objetos de mundos lejanos
traerá la gozoso.....

Pero, no..... que si el Mar embravece
y en una tormenta,
trás de muerto, á los peces marinos
su cuerpo alimenta.....!
No!... Qué horror!... Más prudente parece
que de Dios al servicio,
se dedique á salvar á las almas
de garras del vicio.....

Llevará su palabra elocuente
al púlpito santo,
á las aulas, al lecho mortuario.....
y célico encanto
verterá por doquier se presente,
y á fuer de piadoso,

le ungrán de seguro Arzobispo
en día dichoso.....

En la cesta de mimbre ligera
rebúllese el niño,
reclamando con llanto angustioso
el tierno cariño
de la dulce y amante niñera
que grato alimento
le prodiga cual sierva sumisa
con grande contento;

y olvidando corona y espada,
y mitras y naves,
á la cesta se acerca la madre
con pasos suaves,
y al infante querido abrazada,
que pide sustento,
da su sangre y su vida, trocadas
en blanco alimento.

México, Diciembre 30 de 1896.

JUAN N. CORDERO.

(O)

VIRGEN DE GUADALUPE,

OLVIDARTE?... ES IMPOSIBLE!

II

Acuérdate de los tiempos
antiguos, considera de una
en una las generaciones: pre-
gunta á tu padre, y te lo de-
clarará, á tus mayores y te lo
dirán.—Deut. Cap. XXXII.
v. 7.

DIAS felices y de eterna remembranza
aquellos en que reclinado tranqui-
lamente en el dulce regazo de mi ma-
dre idolatrada contemplaba arroba-
do, la bella imagen de María Santísima de
Guadalupe y oía con placer leer la historia
de su Aparicion llena de tanta ternura y
sencillez.

Días placenteros y de eterna recorda-
cion aquellos de mi juventud en que mis
adorados padres me inculcaron un grande
amor hácia esa morena hermosa de ojos
graciosos y humildes como de paloma
arrulladora, que parece que á todas horas
están predicando amor, humildad y ternu-
ra... Sí, benditos aquellos días en que
contemplaba por primera vez, lleno de ad-
miracion, á esa Virgen sin igual, que lleva
sus manecitas graciosamente plegadas so-
bre el pecho como representando la Inma-
culada Concepcion, con su piecico que
descansa suavemente sobre una luna her-
mosa, sobre un morador del cielo, y no so-
bre astuta serpiente, y toda Ella indicando
la ternura de una Madre hermosa y com-
pasiva. Sí, dichosos aquellos días en que
mi madre idolatrada grabó sobre mi cora-
zon con caracteres de luz diamantina la
creencia y el amor á tan tierna Madre, en
que me entregó en los brazos de tan divina
Señora, y me dijo: «Esta Virgen, hijo mío,
será tu Madre tierna y compasiva, tu ángel
tutelar, tu defensa y tu guía; ámala como
la han amado tus antepasados, ámala como
yo la amo...» y luego imprimiendo un be-
so ardiente sobre aquella Imágen adorable,
la acercó á mis labios, mi corazon se con-
movió, mis ojos vertieron una lágrima de
emocion... y desde entónces la amo con
tal firmeza, que si ahora dudara de su Apa-
ricion mucho temería haberle perdido el
amor no solamente á mi Religion sino á un
á mi amada Patria.

Algunos años despues ví que la Imá-
gen á quien la autora de mis días me ha-
bía encomendado era adorada por todo el
pueblo mexicano; que en los templos se ce-
lebraban grandes funciones en su honor y
se le honraba de distintos modos, y ahora
siempre que me encuentro en algun templo
que celebra sus glorias, al ver su bendita

Imágen entre multitud de adornos y de lus-
ces que flamean, al oír las notas graves de
los cantos religiosos, al escuchar las armo-
nias y los arpegios melódicos de la or-
questa y retratado el júbilo en el semblan-
te de los fieles, suspiro y me lleno de ternu-
ra, porque recuerdo aquella dichosa
época de mi vida en que me infundieron
un grande amor y respeto á María Santísi-
ma de Guadalupe.

Durante mucho tiempo he venido ob-
servando que los hijos fieles de tan amante
Madre le rinden un culto especial y se re-
gocian el día 12 de Diciembre de cada año,
y en medio de su contento tapizan de flores
las calles, levantan arcos, ornan las puer-
tas y ventanas de sus casas y en el interior
forman graciosos altarcitos y, en fin, que
en ese día todo es un concierto de amores
celebrado en honra de María Santísima de
Guadalupe, Reina y Patrona de la nacion
mexicana.

Mas ahora, ese culto se ha aumentado
considerablemente y esa creencia se ha
afirmado más y más debido á los últimos
acontecimientos desagradables de que ha
sido testigo toda la República.

México vió con lástima y sorpresa que
más de alguno de los hombres notables
por su posicion social, se rebeló contra la
creencia comun del pueblo, contra la Pa-
trona, contra la Reina y Señora de nuestra
Patria, y con un modo que más de una vez
fué con justicia digno de reprension y sin
respeto al sentimiento nacional, (1) se atre-
vió á manifestar para dar más armas y
apoyo á los antiaparicionistas, que no exis-
tiendo en la actualidad los *autos originales*
de tan portentoso milagro, no deberíamos
por ningun motivo creer en él. Este modo
tan raro de proceder conmovió lastimosamente
á toda la nacion que siempre se ha
enorgullecido de haber sido favorecida por
el cielo con un milagro tan singular. Se vió
desde luego que el verdadero creyente se
afirmó más en su creencia, el antiaparicio-
nista rió á carcajada y el católico-liberal
permaneció taciturno y con cierto deseo
de que se hiciera la luz en tan delicado
asunto. Mas he ahí que apareció la famosa
y tan comentada *Carta* que con tanta eru-
dicion escribió el sábio historiógrafo D.
Joaquín García Icazbalceta y... cosa
rara! sin intentarlo, sin pensarlo quizás su
autor, por su misma carta hemos venido
en cuenta que en nada se altera nuestra
creencia por la falta de los *autos origina-
les* de la Aparicion; pues que, *la falta de
los autos originales no sería por sí sola un
argumento decisivo contra la Aparicion,
pues bien pudo ser que no se hicieran ó que
despues de hechos se extraviaran*; [2] y al
momento cesó la alegría de los antiaparicio-
nistas; pero luego refugiándose en la mis-
ma *Carta* del autor ya citado, han vuelto
á negar la Aparicion, y dicen: que aunque
es cierto que la falta de los autos originales
no es por sí sola argumento para negar el
milagro, que sí es argumento la falta de la
verdadera tradicion, como en el presente
caso se ve claramente, que desde tiempos
de la Segunda Audiencia, que presidió el
Ilmo. Fuenleal y cerca de cuatro años án-
tes que el Virrey D. Antonio de Mendoza
tomara posesion de su cargo, hasta el año
de 1648 época en que el Lic. D. Miguel
Sanchez escribió la historia circunstancia-
da del milagro de la Aparicion de María
Santísima de Guadalupe, al neófito Juan
Diego, sobre el cerrito del Tepeyac, no se

(1) Pues ya en el artículo anterior hemos
manifestado, cómo hasta los grandes libe-
rales de México han honrado y respetado á
María Santísima de Guadalupe.

[2] Carta del Sr. Icazbalceta, núm. 11,

habló de la Aparicion, ni de la ermita de
María Santísima, y que los escritores de
aquella época tan considerable, permane-
cieron silenciosos; que si dicha tradicion
fuera continuada, indudablemente se le res-
petaría. Que, en fin, hay un punto oscuro
entre el año de 1531 y el de 1648, un punto
de silencio que es el que ha venido á hacer
que la tradicion no tenga ningun valor.
Más aún, que no existiendo los autos origi-
nales y no siendo favorecido el milagro por
una *continuada tradicion*, no hubo tal Apa-
ricion, y que la obra del padre Sánchez no
es más que un mal coloquio inventado por
él para engañar al indio. Pero ¡oh!, Madre
mía, ahora, como siempre, vuelves á triun-
far de tus gratuitos enemigos, porque esa
tradicion no ha sido interrumpida desde
1531 hasta 1648 supuesto que:

En el año de 1531 el Ilmo. Sr. Fr. Juan
de Zumárraga erigió la primera *Ermita* á
María Santísima de Guadalupe como lo tes-
tifica el Lic. Sánchez (3) y bajo juramento
lo afirmó el 10° testigo de la concienzuda
Informacion de 1666; y hay algo más; como
de la verdadera tradicion es que se ocurra
á los tiempos antiguos, que se consideren
las generaciones, que preguntemos á nues-
tros padres y á nuestros mayores para que
nos digan las cosas; y debemos poseer, se-
gun San Pablo, (4) nuestras tradiciones de
palabra ó por escrito, vemos que segun el
atildado escritor D. Cayetano Cabrera, no
están los impugnadores muy cuerdos al
afirmar que no tenemos tradicion verdade-
ra de tan portentoso milagro, cuando dice:
«Hay noticia anticipada del R. P. Fr. Pedro
de Merquía, franciscano apostólico, de que
en el convento de Victoria en que tomó el
hábito el Sr. Zumárraga, *vió y leyó, escrita
por este prelado á los religiosos de aquel
convento la Aparicion de Nuestra Señora
de Guadalupe, segun y como aconteció.*» (5)

El Dr. Bartolache en una de sus obras,
(6) presenta la traduccion de un manuscri-
to antiguo, calificado á 30 de Enero de 1787
por el Secretario de la Universidad de Mé-
xico, y en dicho manuscrito dice:

*El año de 1548 murió Juan Diego á quien
se apareció la amada Señora de Guadalupe.*

El mismo Sr. Icazbalceta, autor de la
Carta que tanto ha preocupado á los anti-
aparicionistas, dice: [7] Hacia los años de
1555 á 56 comenzó á encenderse la devo-
cion (de Nuestra Señora de Guadalupe cu-
ya imagen estaba en la ermita)... y se
contó tambien la Aparicion de que hablan
Juan Martin y Suárez Peralta.

Por el año de 1554 ya era muy conoci-
da la devocion de María Santísima de Gua-
dalupe, como lo dice el mismo D. Juan
Bautista Muñoz en su «Disertacion sobre
el *Aparecimiento* Guadalupeño,» donde se
lee, que á la llegada del Sr. Montúfar por
Junio de 1554, ya estaba muy difundida la
devocion de la Virgen de Guadalupe y ve-
nerada en su ermitilla... Y en otro de
sus escritos dice: que el Ilmo. Sr. Montúfar
perfeccionó de dicha hermita. (8)

Por Septiembre de 1575 el Virrey D.
Martin Enriquez, (9) informando á la Co-
rona de España sobre negocios de las In-
dias, dijo: que por los años de 1555 á 1556
existía en México una ermitilla y allí una
Virgen llamada María Santísima de Guada-

[3] Ilmo. Sr. Vera. *Contestacion histórico
crítica, etc.*

[4] Deut. Cap. XXXII, v. 7.

[5] Apost. 2, Thessal 2.

[6] Escudo de Armas de la ciudad de
México.

[7] *Opúsculo Guadalupeño.*

[8] Icazbalceta, *su carta núm. 68*, citada
por el Sr. Dr. de la Rosa.

[9] Citado por el Ilmo. Sr. Vera.

lupe; y por la informacion practicada contra el franciscano Fr. Francisco Bustamante, informacion que el mismo Virrey tuvo en sus manos, vino en conocimiento de que aquella Virgen obraba multitud de milagros y que era digna de veneracion y respeto.

Por el año de 1589 fueron escritas las *Noticias históricas de Nueva España* y en ellas, dice el Sr. Suárez Peralta: (10) que el Virrey Enriquez Almazán llegó a *Nuestra Señora de Guadalupe que es una imagen devotísima que está en México. . . . la cual ha hecho muchos milagros*

A fines del siglo XVI y á principios del XVII, los franciscanos de México, con su fervoroso culto, publicaron tan maravilloso acontecimiento. Monumento de ello es la hermosa Imágen de Guadalupe venerada en el Sagrario de la Iglesia de San Francisco de aquella ciudad. Consta de un modo auténtico, que en la tabla en que está pintada dicha Imágen, hay esta inscripcion; *Tabla de la mesa del Ilmo. Sr. Zumárraga en la que el dichoso neófito puso la tilma en que estaba estampada esta maravillosa Imágen.*

El R. P. Vetancourt (11) refiriéndose á dicha Imágen, dice: que á principios del siglo XVII la retocó con sumo esmero el pintor Baltasar de Chávez.

Hacia el año de 1621 el P. Daza dió á luz el libro intitulado: "Libro de la Furisima Concepcion de la Madre de Dios." En dicho libro se lee en el cap. IV: que el Sr. Zumárraga fué gran predicador de ese misterio; y á este propósito, dice el sábio Conde y Oquendo: "todo el que elogia la Concepcion de María, habla tambien de la Guadalupeana de México; porque ésta se llama en España la Concepcion de México, por muchas razones, de donde nace que los que hayan tratado de aquel misterio, hagan conmemoracion de la Aparicion de Nuestra Imágen de Guadalupe"

Hemos llegado á 1648, época en que el Lic. Sánchez dió á luz la Historia de la Aparicion de María Santísima de Guadalupe y parece que desde esta fecha al presente, los antiaparicionistas no niegan la tradicion porque es clara y luminosa, como podrá verse en multitud de autores que tratan de la Aparicion de Nuestra Madre y Señora.

No sabemos por qué algunos católicos liberales han creído que está interrumpida tan hermosa tradicion, en la época comprendida desde 1531 hasta 1648, cuando la misma impugnacion que de este misterio hizo el P. Fr. Francisco Bustamante, el año de 1556, podría servir para deducir que en ese tiempo no había tanto silencio y ménos olvido del misterio, sino que era ya una creencia muy generalizada entre todas las masas sociales, la Aparicion de la Virgen de Guadalupe, como se deduce de la lectura del Sermon Provincial franciscano.

Tambien hemos oído decir varias veces y hemos visto escrito en la Carta del Sr. Icazbalceta, que por no referir algunos autores respetables, tales como Torquemada, Bernal Díaz del Castillo, el Sr. Cabo, etc., etc., la Aparicion *debiendo* [?] haberlo hecho, por eso no debemos creer en el milagro, y por el silencio de dichos escritores se debe juzgar interrumpida la tradicion Guadalupeana.

[10] Y vaya! que bien pudiera llamarse á este Virrey antiaparicionista, que respecto al franciscano Bustamante ni duda cabe que era frenético impugnador del maravilloso misterio.

[11] El mismo Icazbalceta en su carta núm. 47.

[12] *Teatro Mexicano*, 4ª parte T. III.

Es lamentable que en asuntos de tanta trascendencia haya muchas veces hasta mala fé al tratarlos y que al dedicarse los hombres á analizarlos y estudiarlos con detenimiento, se encuentran afectados de una miopía intelectual que tanto perjudica á las buenas creencias de la mayor parte de nuestra sociedad; pues si bien es cierto, que aquellos autores no refieren la historia de la Aparicion de María Santísima de Guadalupe, sin embargo en varias partes de sus obras hacen memoria de ella, como se puede ver en las obras del mismo Torquemada, de Turnel, Mendivel, etc., y en la erudita obra del Ilmo. Sr. Vera, (13) que escribió con tanta maestría y buen tino que sin temor de equivocarnos podemos asegurar que dicho Prelado, en su obra ya citada, tiene contestadas desde el año de 1892, todas las dudas que le sugirieran al Sr. Icazbalceta sobre el delicado asunto de la Aparicion de María Santísima de Guadalupe.

No existe, pues, en nuestro humilde concepto, ese punto negro, esa interrupcion entre las fechas antes citadas; sino que la tradicion de tan estupendo y distinguido milagro es una desde 1531 hasta la fecha, está latente y ha palpitado en todas las épocas aludidas aunque les pese á los impugnadores. Y si algun escritor é historiador mexicano ó español dejó de hablar de este milagro, en cambio multitud de notables autores han hecho mencion de él como se acaba de ver por lo dicho anteriormente.

Mas supongamos que no existiera, como de hecho existe, la tradicion continuada del milagro y que estuviera interrumpida como lo quieren los antiaparicionistas y que no tuviéramos á la vista los escritos históricos tan llenos de luz como los que tenemos para probar la tradicion cierta y verdadera, con todo, nos bastaría á los católicos, á los verdaderos mexicanos, la voz autorizada de nuestro sábio y gran Pontífice, el Sr. Leon XIII, que despues de examinar y mandar revisar con atencion y delicadeza los considerandos y los documentos que el Episcopado Mexicano le remitió para que se concediera el nuevo Oficio de María Santísima de Guadalupe, no sólo le concedió, sino que concediéndolo aprobó nuestra tradicion, como puede verse en la cuarta leccion que á la letra dice: "Anno á a reparata salute millesimo quingentesimo primo, Deipara Virgo Joáni Dídaco, piodique neophyto, México in colle Tepejacensi, UTI ANTIQUA ET CONSTANTI TRADITIONE mandatur, sese videndam præbuit. . . ."

Si lo anterior no es aprobar la antigua tradicion y no como quiera, sino constante no queremos entonces volver á tomar la pluma, porque serian en vano nuestros pequeños sacrificios.

Si, pues, segun lo dicho por el mismo Sr. Icazbalceta, la falta de los *autos originales*, no constituye argumento decisivo contra la Aparicion.

Si segun la historia, no está interrumpida la tradicion.

Si el Sr. Leon XIII aprobó esta tradicion como *antigua y constante*.

Luego, . . . no es necesario un lápiz para sacar la consecuencia en favor de la Aparicion. . . .

Con razon te amo tanto, Madre mía de Guadalupe! y entre más combatida veo tu Aparicion maravillosa más me afirmo en ella. Entre más veo que tus enemigos te desprecian, Señora, más te amo. Entre más veo que te arroja dardos envenenados la incredulidad, me siento más fuerte, atleta, para defender tu causa. Entre más veo que

[13] Contestacion al anónimo "Exquisitio histórica." p. 178.

algunos hijos ingratos te niegan (que es la peor de las ingrátitudes que un hijo niegue á su Madre,) yo más te adoro y nunca, Madre mía, te he de olvidar, porque te amo desde mi niñez con un doble sentimiento: de Religion y Patria.

Madre mía, olvidarte? . . . es imposible!!

Presbítero,

IGNACIO RIVERA CALATAYUD.

—O—O—

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINUA.)

DE HORACIO.

I

A Mecenas.

Oda I, Lib. I.

¡Oh Mecenas, de antigua regia estirpe!
¡Mi amparo y gloria mía Hay quienes gozan
En alzar con su carro al cielo el polvo
Del olímpico circo, sin que toque
La meta ó linde la inflamada rueda;
Y la palma del triunfo los encumbra
Hasta los dioses árbitros del mundo.
Se ufana aquél si popular capricho
De la mudable turba de Quirites
Hasta la cima del honor le exalta.
Se alegra el otro si en la propia troje
Las cosechas del Africa atesora.
A quien cultiva la heredad paterna,
De talo las riquezas prometidas,
Inclinarán jamás á hender el ponto
En chiprio leño, pávido marino.
Cuando el ábrego lucha con las olas
Del mar de Icaro, el mercader codicia
La dulce paz de su nativa aldea.
Mas, ya en calma, repara el roto barco,
Que al pan de la pobreza no se aviene.
Alguien Másico añejo no repugna
Ni hurtase á otros afanes por el día,
Bajo madroño fresco, ó en la blanda
Márgen de manantial sacro tendido.
¡A cuántos place el campamento, el rudo
Son del clarín y trompa, la impía guerra
Que detestan las madres! Olvidando
A la gentil esposa, a la intemperie
Quédase el cazador, ora sus perros
Alcen la descubierta cervatilla,
Ora haya huído ya dejando rotas
El marso jabalí tendidas redes.
A mí la hiedra que corona al docto,
Sitio entre las deidades me asegura.
Frío el bosque, y de sátiros y ninfas
¡El ágil danza, apártanme del vulgo.
Si no me niega "uterpe dulces flautas,
Ni la lira de Lebos melodiosa
A templarme Polimnia se rehusa,
Y entre los vates líricos me cuentas,
Ha de llegar mi frente hasta los astros

II

A Pirra.

Oda V, Lib. I.

En la risueña gruta,
Sobre tapiz de rosas,
Pirra ¡qué esbelto jóven
Perfumado en sus brazos te aprisiona
Por quién, así apartada,
Libre de inútil pompa,
Limpia y pulcra te nuestras,
¡Mas gentil la cabellera blonda?
¡Ha de llorar ¡ay cuánto
De tus mudanzas locas
Y el dulce bien perdido
Que las deidades hoy blandas le otorgan!
Hecho á la mar tranquila,
De susto y de congoja
Que no le espera cuando,
Alce la tempestad las negras olas!
Hoy de tu fe seguro,
En tu beldad se goza;
Mientras la calma reine,
Si hay aura ó brisas páfidas ignora

Siempre encontrarte espera
Amable y libre y sola.
¡Miseros los que ofuscas
Sin que por experiencia te conozcan!
Yo en la votiva tabla
Y en las mojadas ropas,
Dejo en el sacro muro
A la Deidad Marina ofrenda propia.

—
PAOLO A FRANCESCOA.

Dudo si en el sendero arduo que sigo
Reina obscura la noche ó claro el día:
Voy solo, mas sintiendo el alma mía
Que, á la luz ó en la sombra, vas conmigo.
Mi corazon, aunque parcial testigo,
Cántame con interna melodía
Que, si nos fué la tierra áspera y fría,
Hallo en tu corazon descanso, abrigo.
Mas, viviendo los dos en uno acaso,
En este mundo, por contraria suerte,
Lleva diversos rumbos nuestro paso.
Y á cada cual nuestra razon le advierte
Que lesa luz que seguimos luz de ocaso,
Y este amor es hermano de la muerte.
1890.

(Continuará.)

(v)

EL GRAN DIA DE REYES.

I

PEPITO dió cima á su prolijo y costoso trabajo, echando una gentil rúbrica en la carta.

—¿A ver, á ver lo que les dices á los Santos Reyes? preguntaron los embelesados papás, que no cabían en sí de satisfacción y orgullo mirando á aquel muñequillo de siete años no cumplidos manejar la pluma como un letrado.

La verdad era que la tal carta sólo podía ser interpretada y leída por revelacion milagrosa; pero toda vez que no se dirigía á seres de este mundo, sino á habitantes del reino celestial, con sobrenatural saber y sabiduría, la cosa no ofrecía inconvenientes. Además, que el autor de la misiva, si no la entendía él mismo, recordaba su contenido perfectamente, gracias á lo cual pudo leerla ó hacer que la lea á sus padres.

«Señores Reyes Magos: Pongo en su conocimiento cómo habiendo sido bueno en casa y aprovechado en el colegio durante todo el año, espero me traigan ustedes muchos y buenos regalitos, deseando con preferencia una caja de soldados de plomo; todo un tren que ande como los de verdad, y haga la máquina piii, como uno que tiene Carlitos. Tamb en quisiera algunos juegos de rompe cabezas que no sean muy intrincados, y, finalmente, un sable y una escopeta dulces, dejen todos los que quieran, que aun cuando no soy muy goloso, los que ustedes me traen me gustan mucho, porque como quiera que son del cielo, saben á gloria.

«Yo, en cambio, prometo seguir siendo bueno y estudioso, obedecer mucho á mis papás, querer mucho al Niño Jesús y á la bendita Virgen María y dar limosna á los pobres

«Hasta otro año, señores Reyes Magos, se despide de ustedes muy reconocido.—*Pepito García.*»

Los amantísimos padres se miraban, como diciendo: ¡Qué talento tan maravilloso y precoz tiene nuestro hijo!

Este, entretanto, había ido á buscar un par de zapatitos nuevos, metió en uno de ellos la famosa carta, y fué á ponerlos en el balcon.

—Mamá,—preguntó algo preocupado,—aun cuando no quepa todo eso que pido dentro de los zapatitos, ¿me lo dejarán los santos Reyes de la misma manera?

—Es claro,—contestó.

Y añadió luego:

—Ea, besa la mano á papá, y á la cama.

—¡Tan pronto!

—Ya sabes que una de las cosas por que los santos Reyes quieren más á los niños, es por recogerse temprano.

Pepito no replicó; dió las buenas noches á su padre, y se dirigió á la alcoba.

Mientras su madre lo iba desnudando, él no cesaba de hablarle de lo que entonces absorbía toda su atencion: los regalos que iba á encontrar al día siguiente. Una vez que se hubo acostado, cruzó sus manecitas y elevó sus ojitos azules y diáfanos, pronunciando con voz clara y argentina esta hermosísima y conmovedora plegaria:

«Tendido al verme, sospecho
Que está la muerte cercana.

¿Me levantaré mañana?

¿Será mi tumba este lecho?

Señor, ten siempre mi pecho

Lleno de tu amor, de suerte

Que no me asuste la muerte.

Venga cuando Tú dispongas,

Con tal que al morir me pongas

Donde pueda amarte y verte.»

—Dios te haga bueno y dichoso, hijo de mi alma,—dijo la madre, besándole en la frente.

Hizo sobre ella la señal de la cruz, y se dispuso á alejarse.

—¿Te vas tan pronto, mamá?—preguntó el niño con sentimiento.

—Sí, hijo mio.

—¿Porque no esperas á que me duerma como otras noches?

—Por qué tengo mucho que hacer vida mía.

—Pues que venga Pascualona siquiera.

—Bueno, vendrá Pascualona.

Minutos de-pues entraba una muchacha alcarreña, tosca y áspera como un es cambron.

Sentóse de mal talante á la orilla de la cama; se conocía que más de su gusto era estar en la cocina de cháchara con los otros criados quitándole el pellejo á los amos que acompañar al niño.

Pero éste estaba despabilado con la hermosa perspectiva del día siguiente, y no llevaba camino de dormirse tan pronto.

—¡Si vieras, Pascualona,—dijo, fijo en su tema,—qué carta les he puesto á los Reyes!

—¿Y la has echado al Correo, simplon? preguntó la maritornes.

—No, ¿qué cartero la iba á llevar, si no viven ellos en este mundo?

—¿Pues qué has hecho con ella?

—La he metido dentro de unos zapatitos que he sacado al balcon para que, al subir, la lean, y como en las alforjas llevan juguetes de todas clases, me dejarán los que pido.

—Pues dígame que esas alforjas serán más grandes que esta casa.

—¡Vaya si serán!

—Y ¿cómo suben al balcon? ¿por los aires?

—No, topta, con escalas de seda.

—¿Y no se rompen con el peso de las alforjas?—dijo con una sonrisa que, queriendo ser maliciosa, era zafia y brutal.

—No, bobona; porque Dios no quiere que se rompan.

—Je, je ¡qué risa!

—¿Vas á hacer burla de los santos Reyes?—dijo Pepito irguiéndose fiero en la cama

—De quien hago burla es de tí, zarramplín, que todo te lo crees.

—¿Qué es lo que yo creo?—preguntó el niño.

—Que son los Reyes quienes te traen los regalos. ¡No están malos los Reyes!

—Pues quiénes son entónces?

—Tus papás, bobo, tus papás, que parece imposible vayas á la escuela y creas en esas cosas. Por eso han salido esta noche, y dentro de poco, si estás con cuidado, los verás venir provistos de los dulces y juguetes, que han ido á comprarte.

Quedóse el niño mudo y pasmado, con los ojos desmesuradamente abiertos como si fueran á salirse de las órbitas.

Luego levantó el puño cerrado, gritando con voz trémula y vibrante:

—¡Mentira, mentira!

Pero no le dió. Abrió su manecita y señalándole con ella la puerta, profirió sin mirarla:

—¡Vete, vete de aquí!

No se hizo la fámula repetir la orden, sino que salió satisfecha y gozosa para ir á relatar la ocurrencia á sus compinches.

Pepito quedóse sentado en la cama, sin advertir que, desarropado como estaba, el frío invadía sus miembros.

Poco á poco su linda carita fue serenándose; la fe ciega y candorosa de la bendita infancia iluminóla como un rayo de sol, y pensando en la zafia sirvienta, murmuró:

—¡Engañosa!

Engañosa dijo, pero no se acostó para dormirse, sino que permaneció cuidadoso y en vela, con los codos puestos en las rodillas y los deditos entre los dorados bucles de sus cabellos.

Así aguardó media hora.

Sonó la puerta, luego los pasos de sus papás, en seguida sus voces alegres y cercanas.

Pepito bajó de la cama y fué á pegar su alterada carita en la vidriera de la alcoba.

Al través del visillo vióles llegar con abultados paquetes en las manos, que fueron dejando sobre la mesa sentado á la cual había escrito Pepito su famosa carta.

Los amantísimos y alborozados papás desenvolvieron los objetos y apareció el sable, la escopeta, la caja de soldados y hasta el tren lindísimo, con su fila de coches de todas categorías y su diminuta máquina; un primor, cuya vista embelesaba hasta á los que no eran niños. La madre no se cansaba de mirarle.

—No vayas á darle cuerda,—dijo el esposo;—mira que el pito le va á desperatar.

—No, no le doy cuerda; esperaré á mañana.

—En cuanto lo vea se vuelve loco.

—¡Hijo de mis entrañas!

Pepito no quiso oír ni ver más; dirigióse al lecho, subió á él y arrebujóse con las ropas hasta taparse la cabeza.

Lloraba; lloraba las únicas lágrimas amargas de su vida, porque eran las primeras que no secaban las lágrimas de su madre!

II

Despertó tarde el desencantado niño, contestando con mal humor á las prisas que su madre le daba por ir á ver lo que le habían traído los Santos Reyes.

Dejóse vestir, pero se negó resueltamente á salir al balcon.

Los padres se miraban con asombro. ¿Cómo se avenía el entusiasmo de la noche con aquella glacial indiferencia?

Fué la madre á buscar los dulces y juguetes por ver si su vista le alegraba, pero el niño recibió unos y otros con el más frío desden, acabando por volverles la cara.

Sentíase herido en su infantil susceptibilidad al comprender que sus padres lo engañaban, y, por otra parte aquellos regalos tan ardientemente esperados habían

perdido todo el encanto y prestigio que les avaloraba á sus ojos: los dulces no sabian ya á gloria, y los juguetes era como todos los que en las tiendas se vendian.

—¿Qué significa eso?—preguntó el padre con tono triste y severo.

—Mira que los Reyes no te volverán á traer nada,—advirtió la madre.

—Los Reyes, ¿eh? ¡No están malos los Reyes!—profirió, repitiendo las palabras de Pascualona

—¿Qué quieres decir?

—Que aquí no hay más Reyes que vosotros,—respondió Pepito.

—¿Quién te ha dicho semejante absurdo? vociferó el padre.

—Pascualona.

—Pascualona es una estúpida y una pícaro que ha querido engañarte.

—Eso creí al principio,—objetó el niño, y á fin de convencerme, me desvelé hasta veros entrar con todo eso.

Levantóse el padre irritado y terrible.

—¿A donde vas?—dijole su mujer cerrándole el paso.

—A poner en la puerta de la calle á esa necia, maliciosa y soez,—gritó con reconcentrada ira.

—Déjala; si es necia, ¿qué culpa tiene de que necios sean sus actos? Además, no veo en todo ello motivo para incomodarse; tarde ó temprano tenía que saberlo el niño.

—Pero ¿á qué anticiparle ese desencanto? ¿A qué apresurarse á desvanecerle esa piadosa y elevada ilusion que hacia del día de Reyes uno de los más alegres y hermosos del año, y ha de mirar con entera indiferencia en lo sucesivo?

Sonrió la madre con dulzura por toda respuesta, recabó de su marido el perdón para la necia sirvienta, y recogiendo los despreciados dulces y juguetes, con Pepito de la mano, salió de la habitacion.

Ocultó el esposo la frente entre las manos grave y taciturno. Los hombres no sirven para verse contrariados, por más que la vida sea una contradiccion perpetua, no se acostumbra nunca, por valerosos y fuertes que sean, á ver morir inpávidos la más ligera y fútil de sus ilusiones.

El amorosísimo padre esperaba solazarse todo aquel día con el contento extremado y bullicio del hijo de su corazón, cuando por la indiscrecion de una zafia sirvienta veriale disgustado, triste, abatido por el impensado y rudo embate de aquel primer de sengaño. ¡Cuántos y cuán dolorosos y amargos deberían seguirle!

La dicha y aun la misma tranquilidad pende de un cabello

¡Qué negras cavilaciones, qué horribles sobresaltos atormentaban su corazón de padre! Unas veces culpaba á la simple criada, y otras hallaba que su hijo daba sobrada importancia á aquel incidente, debiendo haberse contentado con los regalos, viniesen de donde viniesen.

—¡Ah!—se decía,—¿cómo ha de ser fuerte y animoso en las luchas de la vida, que no es otra cosa que refida y encarnizada guerra, si el más leve contratiempo le descorazona y abate?

Largo tiempo llevóse divagando en esta ó parecida manera, hasta que la puerta del cuarto se abrió con estrépito, y Pepito, con las mejillas inflamadas y los ojos radiantes, se arrojó á sus brazos gritando:

—Papá, papá, hoy es el más hermoso día de mi vida. ¡Hoy es el gran día de Reyes!

En pos del niño había entrado la madre risueña y dichosa, con los ojos anegados en esas lágrimas dulcísimas que rejuvenecen y hermocean el rostro, como una aureola de santidad y gracia.

—¿Pues qué ha pasado?—interrumpió el esposo.

—Que lo cuente Pepito,—dijo ella.

—Sí, sí, yo quiero contarle, papá; pero antes deja que te dé otro abrazo y que me harte de decirte que soy muy dichoso y te pida tu palabra para que me dejes celebrar cada año el día de Reyes conforme acabo de celebrarlo hoy.

—Cuenta con ella.

—Bueno, pues vas á saberlo todo. Cuando salimos de aquí, mamá me dijo:

—Has sufrido un contratiempo, acabas de perder una ilusion, mi pobre Pepito; pues mira, en este mundo apenas hallarás otra cosa; pero no te apures ni contristes, porque ahora voy á enseñarte la fuente cuyas dulcísimas y milagrosas aguas curan los golpes y aun las heridas de la suerte, é infunden valor y aliento para seguir luchando en esta ruda y empeñada batalla que llamamos vida.

Yo no la entendí muy bien; pero la idea de ir á ver esa fuente de aguas tan dulces y maravillosas comenzó á alegrarme.

Púsose mamá la mantilla y salimos á la calle: sin duda teníamos que ir muy lejos, pues nunca había oído hablar por allí de semejante prodigio; pero lo que no comprendia era por qué mamá me hacia llevar los dulces y juguetes

Caminamos un ratito hasta entrar en un caseron muy grande y muy triste; como yo sé leer, leí en el frontispicio con letras muy grandes: "Hospicio provincial."

En esto salieron unas monjitas muy guapas, que me dieron muchos besos y hablaron con mamá.

—¿Acaso está la fuente en esta casa? pregunté.

—Aquí está, hijo mío.

—¿Y por qué no dan de beber de sus aguas á esos niños tan tristes y macilentos? dije reparando en unos siete ú ocho rapazuelos que con aire encogido é indeciso ademán se iban aproximando á nosotros.

—Ellos son los que vienen á ofrecértela,—dijo mamá invitándolos á que se aproximaran.

Vi entónces por el uniforme que vestían que eran, como dice Pascualona, niños de la Inclusa que no han conocido padre ni madre. ¡Ay, qué feliz, pero al mismo tiempo cuán malo é ingrato me consideré con los míos, á los cuales acababa de disgustar, en vez de agradecerles sus cariños y obsequios.

—Vamos,—dijo mamá,—repárteles á esos niños tu dulces y juguetes, tú no los quieres porque no son de los Santos Reyes... y esos pobrecitos no tienen papás que se los den!

¡Cómo me llegaron al alma estas palabras! Pero súbito me puse á repartir los juguetes y golosinas por no prolongar la impaciencia de aquellos infelices.

Bien quisiera, papá mío, acertar á explicarte su alegría y gozo al paladear aquellos riquísimos dulces, que debían saberles á maná. ¡Pues y al descubrir y poseer los juguetes! ¡Qué exclamaciones qué alborozo, qué frenesí! ¡Con cuanta alegría y alegres hurras veían caer los soldados de plomo! ¡Qué modo de afanarse y tirarse de risa al combinar los rompecabezas! No digo nada al ver partir el tren con la máquina pitando. Creí que se volvían locos.

Pero yo gozaba más que ellos: tanto, que flaquearon mis rodillas y me eché en brazos de mamá llorando de alegría.

—¡Ya ves, hijo mío,—me dijo levantándose,—qué consuelo tan eficaz y dulce es hacer el bien!

—¡Oh, sí, muy dulce,—respondí.—Ahora comprendo tu alegoría de la fuente milagrosa: no la olvidaré, ni olvidaré nunca este gran día de Reyes!

Calló el niño: su padre imprimió en su pura frente los labios, trémulo de emocion; luego dirigió la vista á su discreta y noble compañera, á la cristiana madre del hijo de toda su alma, y murmuró con la voz embargada por el gozo y la gratitud:

—¡Bendita seas!

AURORA LISTA.

"NOCTURNO."

En el Album de la bella y distinguida Srta. Elena Puro y Oviedo.

La luna melancólica destella
En la etérea region del Infinito,
Desplegando su manto luminoso
De la noche plateada en el sigilo.
Abren su cáliz las hermosas flores
Cabe la fresca márgen de los ríos,
Esparciendo perfumes delicados
En la bóveda inmensa del vacío.
Y se elevan del fondo de las almas
Entre el eco armonioso de los ritmos,
Como efluvios de intensa poesía,
Canciones y baladas y suspiros;
Susurra el aura en las dormidas frondas
Y se oyen de las aves dulces trinos,
Cual endechas tiernísimas que salen
En reclamo amoroso de los nidos.
El céfiro discurre levemente
Sobre la copa de nevados lirios
Y resuena entre alegres explosiones,
De luz y de color eterno idilio,
El rumor delirante de los besos
Que va vibrando en inmortal sonido.

Es la noche callada que recoge
Los ecos del amor que van perdidos;
La que traduce en melodiosos himnos,
En su veste de luz esplendorosa;
La férvida pasión y la que lleva,
Envueltas en perfume de cariño,
Las estrofas de plácida armonía,
Encarnaciones de un afán divino,
Con la esencia purísima que emerge
De rosas, de geranios y jacintos.

México, Diciembre 3 de 1896.

Silverio Vázquez y Monforte.

EL AVE MARIA.

MADAMA de Revannes rezaba fervorosamente en el cementerio de una aldea.

Hacia cuatro años que su marido había sido encontrado asesinado en el jardín, bajo un enorme cedro.

Vinieron despues la causa con sus consiguientes emociones: la captura del criminal, Pedro Roques, un guarda-bosques despedido por sus amos, la vista del proceso, el veredicto y la ejecucion.

Una mañana, al amanecer, estaba levantada la terrible máquina. Y madama de Revannes, pálida, desconcertada y con la boca torcida por un movimiento de ira, había visto caer la cabeza del asesino.

Y la pobre viuda, muy hermosa todavía bajo la aureola de sus negros cabellos, recordaba los pasados sucesos y la crisis final, y la partida de Bliny, á donde iba de cuando en cuando por algunas horas, con el único objeto de colocar un monton de flores en la tumba de su difunto esposo.

Recordaba todo esto en el cementerio de la aldea, inundado por los rayos del sol. Y rezaba fervorosamente.

Hallábase junto á ella su hija Juana, preciosa niña de cinco años, cuyo traje de luto hacia resaltar sus blancas mejillas y sus grandes ojos idealmente azules.

Juanita había llorado en un principio, al ver llorar á su madre, arrodillada entre

las flores, sobre la tumba de mármol blanco. Después levantó furtivamente la cabeza y se puso á escuchar extasiada el canto de los pastores que iban con su ganado por la falda de la colina inmediata.

De pronto llamó la atención de la niña el ruido producido por unas ramas.

Al otro lado del sendero, al pie de una humilde cruz lloraba otra niña de la misma edad de Juana, miserablemente vestida.

Juana miró por espacio de un rato á su madre, inmóvil, con la cabeza entre sus manos, sumida en la amargura de sus tristes pensamientos.

A los pocos instantes levantóse la niña sin hacer ruido alguno y atravesó el sendero.

La otra niña volvió la cabeza como asustada.

Durante algunos momentos las dos criaturas se miraron con cierta desconfianza.

Al fin Juana dijo en voz baja.

—¿Tienes alguna pena?

—Sí. Quisiera tener unas cuantas flores para mi padre.

Hubo un momento de silencio tras del cual Juana tomó una resolución. Dirigióse al sitio donde estaba su madre, cogió uno de los ramos blancos que estaban sobre el mármol, volvió al lado de la pobre niña, y se lo entregó diciéndole cariñosamente:

—¡Toma, hija mía! . . .

Y en vista de que la infeliz vacilaba, Juana colocó por sí misma el ramo al pie de la cruz.

En aquel momento despertó madama de Revannes de su piadoso ensueño y de un solo golpe de vista adivinó la escena que cerca de ella ocurría.

Enternecida y satisfecha, atravesó el sendero para acariciar á su hija Juana.

—No me riñas, mamá, no me riñas— dijo la generosa criatura.—¡La pobrecilla estaba llorando, porque no tenía flores para colocar en la tumba de su padre!

Madama de Revannes miró maquinalmente la cruz. Llena de estupor lanzó un agudo grito de angustia y retrocedió espantada, asiendo de la mano á Juana.

La inscripción que estaba al pie de la cruz decía:

"PEDRO ROQUES."

¡Pedro Roques, el asesino guillotinado! . . . La viuda adelantó el paso hácia la tumba para quitar el ramo de rosas blancas y poner término á aquella odiosa profanación.

Pero Juana volvió á decir, con voz temblorosa y con lágrimas en los ojos:

—No me riñas, mamá: mira que vas á dar un gran disgusto á esa pobrecilla.

Y madama de Revannes contempló á la inocente niña, arrodillada ante la tumba del ajusticiado, como hipnotizada por el hermoso ramo blanco que ofrecía mentalmente á aquel padre cuyos antecedentes y cuya historia ignoraba por completo.

Y la viuda, vencida en absoluto, cayó de rodillas, abandonándose á la atmósfera de piedad y de perdón que la rodeaba.

Y en medio del silencio de aquella espléndida mañana del mes de Junio, brillante y perfumada, oyéronse dos voces infantiles que rezaban candorosamente el *Ave María*.

PAUL PELTIER

AÑO NUEVO. . . ?

Por fin al noventa y siete llegué, con más de una cana, humor de medio ganeate, y la crónica desgana.

Yo que soñaba encontrarme al rayar del día primero,

sin vestirme ni afeitarme, punto ménos que hechicero,
igual que sale la oruga nueva y bella del capullo.
¡Vuelvo á ver la innoble ruga, mis narices de JORULLO, los callos inquisidores, mis ojos medio plegados, mis intestinos roedores y mis bronquios atascados; el mismo bolsillo escueto, el mismo traje raído, y el propio, magro esqueleto, casi ya desguarnecido!

¡Por vida del año nuevo que no acaba con lo viejo! ¿A compasión no le muevo con este inmundo pellejo?

El árbol cambia sus hojas al entrar la primavera

¡Yo, no cambio ni congostas, ni fachada, ni mollera!

y ¡por Dios que ya me carga llevar á cuestas, torzado, esta cara siempre larga y este cuerpo desgarrado!

¡Sólo por no recobrar esta CUBIERTA DE OFICIO, juro no resucitar el famoso día del JUICIO!

México, Enero 1° de 1897.

Juan N. Cordere.

A LA VIRGEN DE GUADALUPE.

Virgen de Guadalupe,
Madre querida;
Del cielo y de la tierra
Luz y poesía,
Esperanza y refugio
De los que lloran;
No desdén el ruego
Del que te implora.

Estrella que despide
Claridad suave,
Virgencita que endulzas
Nuestros pesares;
Niña inocente y pura
De bondad llena,
Envíale tus perdones
Al que te niega.

Rosa cuyo perfume
De dicha embriaga;
Paloma que de amores
Nos llena el alma,
Oh! tú que nos profesas
Tanto cariño,
Nunca nos desampares;
Somos tus hijos.

M. de la T.

LA NOCHE Y EL SUEÑO.

Ami Enriqueta, á tiempo de dormirse en el regazo de su madre

Naturaleza, al partir
En dos mitades el día,
Formó la noche, hija mía,
Para enseñarte á morir.

Pues muy presto ha de venir
La última noche sombría,
Y yerta, en la tumba fría,
Te han de acostar á dormir.

Por eso, siempre que el mundo
Se enlute y este cantar
Te llame á sueño profundo,

Vida de mi alma, has de orar
Con la fé de un moribundo
Que no espera despertar.

Luis Corde, o.

CANTO SAGRADO AZTECA

PRIMAVERAL.

Penetré yo, cantor, en aquellos múltiples verjeles; mansion muy alegre y deliciosa, allí llueve un rocío de rayos de sol, allí cantan amorosamente los pajarillos, y preludia su cantar el gilguero con espaciosa voz; sitio que regocija á Dios, Hacedor Supremo.

Allí escucho, yo cantor, el comenzar de un canto que ciertamente no se preludia asobre la tierra, por su novedad en el cantar. ¡Oh! Allí dentro del cielo se escucha bien al polluelo del primer gilguero que les dice á las múltiples aves de variados colores y rico plumaje: allí tiene su morada el Hacedor Supremo.

¡Salve! ¡Salve!

Se dilata el corazón y se eleva mi pensamiento, yo cantor, por lo que he oído, y quisiera elevarme á esos cielos luciente; que mis suspiros elevados por la brisa, penetraran donde el dorado colibrí canta á los cielos.

¡Salve! ¡Salve!

Y mi corazón por todas partes busca, y en efecto ciertamente, no hallo otro precioso pájaro de voz más melodiosa, porque ciertamente superan dentro del cielo, las cosas que se hacen para el Hacedor Supremo, y sólo que el pensamiento se eleve á las cosas divinas, podrá comprender la hermosura de los cielos, que regocija á los bellos pajarillos celestiales en presencia del Hacedor Supremo.

¡Salve! ¡Salve!

¿Cómo me de llorar sobre la tierra? Efectivamente aquí se vive engañado; todo cuanto existe en la tierra, se acaba con la vida. Que pueda ¡oh! Todopoderoso, cantarte allá en el cielo: que mi corazón, en tu morada, te contemple, y en tu compañía viva.

¡Salve! ¡Salve!

Escucha mi canto, amigo mío: mi tamboril adornado con flores resonaba acompañando el canto celestial, que yo entonaba para agradar á los nobles y derramaba los sentimientos de mi corazón como flores que brotan. Ojalá mi canto se glorifique ante el Hacedor Supremo.

¡Salve! ¡Salve!

LA MARIPOSA.

A. J. A. COBO.

El corazón necesita llorar para vivir.

En la lucha con el amor había sucumbido la pobrecita, y en lecho de musgo yacía la mariposa muerta, siendo pasto de los insectos el fino polvo de sus alas.

Las flores la contemplaban: con sus hojas pálidas y surcadas de profundas arrugas y con sus pétalos secos por la fiebre del dolor, mostrábase abatidas por la muerte de su querida compañera.

Ya el perfume de sus cálices no embalsamaba el ambiente, ni los ardientes rayos del sol animaban sus vivos colores. La casta luna temerosa se ocultaba tras oscuras nubes, y su radiante claridad no plateaba las cristalinas aguas del arroyuelo. Tampoco los ruiseñores pulsaban su laúd de argentinas notas, ni la diosa Ceres adornaba los campos con espigas de dorado trigo.

La Naturaleza dormía en su lecho de nieve. ¡Cuanta tristeza! . . . ¡Qué frío! . . .

El corazón de las flores parecía estar oprimido, é inclinadas sobre sus tallos, en actitud fervorosa, sus almas se elevaban en una plegaria á las celestes alturas pidiendo consuelo.

¡Si pudieran llorar! . . . al ménos sentirán el bienestar de la tristeza!

Rompe de la noche el tenebroso velo Diana con su luminosa claridad, plateando las aguas del río, á la par que caen de la bóveda celeste diamantinas gotas de rocío, calmando la sed de los jardines.

Suavemente se desliza el carro de la Aurora por el Oriente, y entre nubes de ópalo y grana, rojo y zafir, brota un débil rayo del astro solar, que besando á las moribundas flores reviven sus bellos matices y regalan sus aromas al Céforo. Y también los ruiseñores ensayan alegres trinos en la enramada, mientras sus hijuelos pican granos de rubio trigo.

La Naturaleza había despertado abandonando su lecho de nieve, al oír tristes gemidos.

¡Eran las flores que lloraban á la mariposa muerta!—Goralia.